

Una reflexión acerca de los recursos utilizados en la narrativa de los primeros largometrajes de Claudia Llosa y Óscar Catacora, así como el análisis de los elementos ficcionales que se desarrollan para recrear la cosmovisión andina y sus aproximaciones con la realidad “real”.

Desarrollo a continuación una idea compartida por el poeta José Antonio Mazzotti. Con él, más el crítico Martin Lienhard y el periodista Alex Zisman, apreciamos juntos, asombrados y gratamente sorprendidos, el estreno de *Wiñaypacha* en agosto del 2017 en el Festival de Cine de la Universidad Católica. Posteriormente, el último sábado, ya en cartelera comercial, volví a verla y mi asombro, sorpresa y alegría no disminuyeron. Veamos.

Una ficción no miente y tampoco es el espacio de la verdad, científicamente hablando. La obligación de una ficción es la de ser coherente con la verosimilitud de su propia historia. Cuanto más verosímil se vuelva esa ficción, más creíble y verdadera será para quien la comparta. En *Madeinusa* (2005), la ópera prima de Claudia Llosa, el elemento intrínsecamente falso, en el sentido de no verificable con la “realidad real”, es el del tiempo santo (desde el Viernes Santo hasta el Domingo de Resurrección), durante el que no existe el pecado, pues Dios está muerto y, por tanto, no puede juzgar lo que pasa. Este conforma el núcleo en torno al cual se mueve la trama de la película. Así también en *Wiñaypacha* (2017), la ópera prima de Óscar Catacora, el elemento falso, no cotejable con la “realidad real”, sobre el cual gira toda la trama, es el caso de los dos ancianos abandonados a su suerte, hecho bastante improbable dadas las estructuras sociales de las comunidades andinas, intrínsecamente solidarias. En ese sentido, Catacora se concentra estratégicamente en la idea de una familia nuclear tradicional (los padres Willka/Sol y Phaxsi/Luna, y su hijo Antuku/Estrella que ya no brilla), con la que se invisibiliza lo comunal.

Se trata de una invisibilización netamente ficcional, pues Catacora hubo de recurrir incluso

Ficciones sin verdad: similitudes y diferencias entre *Madeinusa* y *Wiñaypacha*¹

PAOLO DE LIMA

a la maniobra de consultar y auxiliarse con un gobernador y jefe de comunidad para llevarla a cabo. Así lo ha contado el cineasta en diferentes entrevistas, como en esta de *Perú 21*:

Tuve una especie de problema o dificultad porque en la zona de donde yo provengo no se tiene la costumbre de que un joven pueda tratar directamente de tú a tú a una persona de ochenta años porque eso sería como faltarle el respeto. Para ello hicimos la estrategia de contratar a un traductor que había sido jefe de comunidad y era gobernador. A través de él, conversamos y en algunos momentos recurrimos a dar una indicación de forma sencilla. Y así pudimos trabajar. (“*Wiñaypacha...*”, 2017, párr. 9)

Así pues, tanto *Madeinusa* como *Wiñaypacha* comparten su éxito sobre la base de ser historias del mundo andino cuyos relatos no guardan cotejo mimético con la realidad representada. Sin tener la obligación de tal cotejo, Llosa y Catacora construyen sus películas con la mirada segura y firme en sus respectivas historias de ficción. Muy lejos estamos, pues, de los años en que a José María Arguedas le reprochaban que su novela *Todas las sangres* (1964) no representaba fielmente el mundo andino, como si esa fuera una obligación del arte. Y es por ello que ambas películas se celebran como grandes obras de ficción, independientemente del cotejo representacional andino que uno pueda querer encontrar, si bien la primera recurre a una exotización e infantilización del indígena que no tiene la segunda. Y, por último, que ambas películas apelen, explícita o inconscientemente, a la conciencia de culpa de cierto progresismo intelectual (desde el morbo racista en *Madeinusa*, desde el instinto de compasión en *Wiñaypacha*) no les resta mérito en cuanto a calidad visual, actoral y argumental. Todo lo contrario: son estrategias artísticas

¹ Este artículo apareció originalmente en la sección cultural del diario *Exitosa*, el 29 abril del 2018 (p. 16).

del mejor cine peruano de los últimos años, que esperamos que se sigan desarrollando, a pesar de las ideologías.

En ese sentido, en un reciente *post* en su muro de Facebook, agradeciendo la gran convocatoria y cariño con que ha sido recibida su película, Catacora declara lo siguiente: “siempre he creído que lo más importante en este oficio [del cine] es la disciplina y no la soberbia”. Por eso, no basta con señalar, como hace tanta crítica convencional, que *Wiñaypacha* trabaja sobre 96 encuadres y evoca la poética del director japonés Yasujiro Ozu (a lo que se podrían añadir la colorida composición de los encuadres, cierta “lentitud” narrativa a lo Andréi Tarkovsky y muchos otros aspectos formales más) si es que no se le ubica primero dentro de una concepción profundamente humana, lograda con estudio, reflexión y conocimiento. Sabias palabras de un joven cineasta que enciende la esperanza de un futuro brillante en nuestro cine. ■



Fuente: CNN en Español

Foto:
Óscar Catacora dirigiendo
Wiñaypacha

Referencia

“*Wiñaypacha* es una propuesta artística, casi experimental”, declara el director Óscar Catacora [ENTREVISTA]. (7 de agosto del 2017). *Perú 21*. Recuperado de <https://peru21.pe/cultura/winaypacha-propuesta-artistica-experimental-declaracion-director-oscar-catacora-entrevista-238389>

Foto:
Madeinusa



Fuente: Sensacine